

HISTORIAS *(poco)* EJEMPLARES  
*del* ANTIYIHADISMO



EL  
CONFIDENTE  
Y EL  
TERRORISTA

BRAULIO  
GARCÍA  
JAÉN

MATÍAS  
ESCUDERO  
ARCE

*Ariel*

Braulio García Jaén y Matías Escudero Arce

# El confidente y el terrorista

Historias (poco) ejemplares  
del antiyihadismo

*Ariel*

Primera edición: marzo de 2022

© 2022, Braulio García Jaén y Matías Escudero Arce

© Carmen Cremadas, por la infografía de las páginas 74 y 75

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

ISBN: 978-84-344-3514-8

Depósito legal: B. 2.950-2022

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



## Índice

|                                    |     |
|------------------------------------|-----|
| <i>Nota al lector</i> . . . . .    | 9   |
| 1. Terror . . . . .                | 11  |
| 2. Preventiva . . . . .            | 41  |
| 3. Confidencias . . . . .          | 77  |
| 4. Autojusticia . . . . .          | 113 |
| 5. Teatro de operaciones . . . . . | 139 |
| 6. Ruleta rusa. . . . .            | 181 |
| 7. Arrabales de París . . . . .    | 211 |
| 8. Fuera de cobertura . . . . .    | 257 |
| <i>Epílogo</i> . . . . .           | 305 |
| <i>Agradecimientos</i> . . . . .   | 311 |
| <i>Notas</i> . . . . .             | 313 |

## Terror

### AFGANISTÁN

Ismael es el nombre con el que todo el mundo lo conocía desde niño, aunque oficialmente constaba otro. En las mezquitas de Barcelona que frecuentaba había quien lo llamaba Ismael y quien lo llamaba Ismael al-Turki. Era turco y vivía en Cataluña desde hacía una década. En octubre de 2001 Ismael, padre de una niña de un año y un niño de seis, medio deprimido y tras haber visto la destrucción de las Torres Gemelas por televisión, vendió su furgoneta y se fue a Afganistán.<sup>1</sup>

Ismael tenía entonces 34 años, la barba arracimada y negra,<sup>2</sup> ojos de piñón y, desde hacía un tiempo, una rozadura en la frente. Hijo de una familia extensa de Estambul, más laica que practicante, era el pequeño de seis hermanos y en 1990 había llegado a la Barcelona preolímpica trabajando a bordo de un carguero mercante.

La transformación impulsada por los Juegos de 1992 había abierto la ciudad al mar y al mundo en general. Una vez desembarcado, Ismael encontró una pensión junto al Muelle de Poniente, a diez minutos andando de La Rambla. Sin papeles y chapurreando el castellano, encontró trabajo de mensajero en una empresa de paquetería.

Todavía veinteañero, a veces salía a cenar, a beber y a bailar. En una esquina del céntrico barrio del Raval está La

Paloma, una sala de fiestas con escenario, palcos de terciopelo rojo y molduras de pan de oro donde una noche conoció a una española siete años mayor que él.

María vivía en un piso propio, en un barrio modesto de uno de los pueblos más ricos de Cataluña, a media hora de su capital. De familia manchega y nacida en Barcelona, era viuda —su primer amor había muerto en un accidente de coche— y tenía una hija.

Tiempo después, Ismael se mudó al piso de María. Él decía que si no se casaban tendrían que irse a Turquía, porque no quería vivir sin papeles. En enero de 1995 se casaron por lo civil. Ella perdió su pensión de viudedad. Él consiguió la residencia. A mitad de año nació su primer hijo en común.

María tenía una tienda de lencería y ropa de bebé en el pueblo. Los viajes a Turquía se convirtieron en un complemento perfecto para el negocio. El algodón turco es excelente y aprovechaban las vacaciones para comprar género en Estambul. Ismael siguió como mensajero, pero tuvo un accidente con la moto, dejó de trabajar y se deprimió.

La rozadura de la frente se la hizo Ismael agachándose a rezar sobre la alfombra durante los cinco años siguientes, cuando se convirtió en habitual de una mezquita de Barcelona. Cogía su furgoneta, salvaba la montaña sobre la que se desparrama la ciudad camino del mar, bajaba hacia el Raval, aparcaba y andaba —aún no cojeaba— hasta la calle Hospital, donde estaba la mezquita Tariq Ben Ziyad.

La mezquita ocupa los bajos de un edificio que da a dos calles paralelas, o tan paralelas al menos como pueden ser dos calles del Raval, zurcido callejero en el corazón de Ciutat Vella. En esa mezquita de la calle Hospital, llamada así en honor del general bereber<sup>3</sup> que cruzó el Estrecho inaugurando la expansión musulmana por la Península en el siglo VIII, Ismael conoció a varios magrebíes, empezó a leer el Corán y otros «muchos libros» que un predicador le recomendaba y a seguir rigurosamente los preceptos del islam. Rezaba cinco veces al día; dejó de beber alcohol y de comer

jamón y carne que no fuera halal, es decir, desangrada la res mirando a La Meca. A sus amigos españoles los veía cada vez menos; a los marroquíes de la mezquita, cada vez más. Se forjó un carácter como quien se forja un destino.

La convivencia en casa se resintió. No solo la carne halal; la comida, la bebida y la vida en general tenían que ser como Dios manda. «Prácticamente no se veían y [él] solamente realizaba actividades relacionadas con el islam», según consta en el sumario de la llamada Operación Chacal, desarrollada años después. Ismael quería que su mujer se convirtiera. En la boda que celebraron en Turquía, María había dicho que lo haría «por amor», pero luego no quiso y no se convirtió. En 1998 se separaron legalmente.

Sin embargo, a la vuelta de un viaje a Turquía, que hizo solo, Ismael «le pidió perdón» y prometió que todo iba a ser como antes. Volvieron a vivir juntos. Él empezó a trabajar otra vez como mensajero; ella se quedó de nuevo embarazada.

Pero Ismael volvió pronto a los rigores de la religión. Y a la mezquita, a la que donaba dinero. Después de viajar a Alemania, donde compró una furgoneta, empezó a llegar a casa una revista editada en turco, *Estado Califato*, que le enviaban por correo desde Alemania.<sup>4</sup> La niña nació en octubre de 2000.

A finales de los noventa, la obsesión de Ismael había sido irse a Palestina a ayudar a sus habitantes contra la ocupación israelí. Tras los atentados del 11 de septiembre (11S), que la pareja vio por televisión, él «cambió de idea y a primeros de octubre de 2001 decidió irse a luchar a Afganistán», según declaró María años después.<sup>5</sup> A finales de ese mes, Ismael vendió la furgoneta, entregó la mitad del dinero a María y, con uno de los marroquíes que había conocido en la mezquita, doce años más joven que él, emprendió el viaje vía Estambul.

El 7 de octubre de 2001 Estados Unidos había invadido Afganistán en una operación bautizada como «Justicia Infinita», aunque luego le cambiaron el nombre.<sup>6</sup>

Tras los atentados del 11S, la llamada guerra contra el terror no solo transformó el mundo, sino que cambió la forma de describirlo. Con un nuevo mapa mental sobre la mesa, el concepto de infinito se convirtió en una idea de estar por casa. Estados Unidos era omnipotente, la justicia que impartía, infinita; su derecho a perseguir a los autores de esos u otros crímenes análogos no conocía fronteras, y su conocimiento de cómo hacerlo no tenía límites. «Entre la justicia y la crueldad, Dios no es neutral»,<sup>7</sup> declaró el presidente George W. Bush, proyectando el marco de la nueva guerra contra el terror.

Una lógica que se fue concretando jurídicamente. El 13 de noviembre de 2001 Bush, en tanto que comandante en jefe de Estados Unidos, firmó una orden militar sobre «Detención, trato y juicio de determinados no-ciudadanos en la guerra contra el terrorismo». Los sospechosos de terrorismo que no fueran ciudadanos estadounidenses podían ser detenidos en lugares designados al efecto por el secretario de Defensa y juzgados por una comisión militar que nada tenía que ver con los tribunales previstos por el derecho de guerra.

La comisión podía formarse sin ningún abogado entre sus miembros y no le eran aplicables las leyes internacionales de la guerra ni «las normas relativas a la práctica de la prueba generalmente reconocidas en el enjuiciamiento de causas penales en los juzgados ordinarios de Estados Unidos», según el texto legal.

La «detención indefinida» no debe entenderse solo en el sentido temporal, puesto que los detenidos quedaban sustraídos por completo a la ley y al control judicial. La indefinición afectaba a su naturaleza misma.<sup>8</sup> Presos del infinito,<sup>9</sup> los detenidos podían ser encarcelados sin límite de tiempo, pero también sin cargos, se les podía negar el conocimiento de las pruebas que había contra ellos y, en caso de juicio,

condenarlos sin atender a ninguna otra norma establecida previamente. «Creemos que [esta orden] garantiza que podremos tratar a estos individuos como creemos que se merecen», declaró el vicepresidente Dick Cheney.

Una semana después del 11S, el presidente Bush ya había autorizado a la CIA a detener secretamente a sospechosos, fraguando una red global de espacios sin ley donde los detenidos eran torturados para tratar de obtener información.<sup>10</sup> Guantánamo, una base militar estadounidense en la isla de Cuba donde cientos de detenidos fueron encerrados sin cargos, y Abu Ghraib,<sup>11</sup> de donde salieron las imágenes de iraquíes torturados por sonrientes soldados americanos, encarnaron un modelo global donde la distinción entre hecho y derecho, moral y ley, y, en última instancia, vida y muerte,<sup>12</sup> entraban bajo un umbral de indefinición.

Las medidas y los espacios de excepción, sin embargo, no solo moldearon el ejercicio del poder, sino que, como refleja esa «suspensión de las normas relativas a la práctica de la prueba», alcanzaban también al procesamiento de la información y la trazabilidad del saber. De la misma manera que cualquier disciplina de conocimiento se vería afectada por la suspensión de sus métodos, los atajos procesales acabarían mermando los resultados de las investigaciones. Las normas del derecho son garantías de verdad sobre los hechos.

Las consecuencias de esa normativa de excepción han sido abordadas desde muchos puntos de vista: la violación de los derechos humanos, la destrucción del derecho internacional, el desastre geopolítico, los riesgos para la seguridad. Mucha menos atención han recibido los efectos que esa suspensión de las reglas ha tenido sobre las investigaciones y la calidad de la información, que es de lo que nos vamos a ocupar aquí.

Si para captar la esencia de la Historia basta comparar a Heródoto con el periódico de la mañana,<sup>13</sup> las consecuencias de ese nuevo mapa mental pueden intuirse comparán-

dolo con los recortes de prensa de diez años después. «Durante aquel otoño [de 2001], cientos de hombres fueron puestos bajo custodia e interrogados en todo el mundo, pero en especial en Afganistán, donde el ejército americano arrojó panfletos ofreciendo, a cambio de información sobre hombres con vínculos con Al Qaeda y los talibanes, recompensas de millones de dólares. “Con esto mantienes a tu familia, tu aldea y tu tribu el resto de tu vida”, se leía en uno de ellos. Los detenidos contaron luego que habían sido vendidos por entre 5.000 y 25.000 dólares. (El sueldo medio en Afganistán por entonces no llegaba a 300 dólares al año.) Según Donald Rumsfeld, secretario de Defensa, los panfletos caían “como caen los copos de nieve en Chicago en diciembre”.»<sup>14</sup>

## SECUELAS

Una noche de invierno de 2002, María descolgó el teléfono de casa: era Ismael, su marido, que había vuelto. «Estoy en Madrid», le dijo. Que quería ver a los niños y que no dijera nada, le pidió. A primera hora de la mañana siguiente, tocaron a la puerta: Ismael, sin barba y con gafas que parecían de ver, aunque los cristales no tenían graduación, entró cojeando y ayudándose con un bastón. Lo primero que hizo fue arrancar el cable del teléfono.<sup>15</sup>

Ismael contó a María que había estado en Afganistán, y que «cuando iba en un furgón estalló una bomba y le hirió las piernas». Que lo habían trasladado a un hospital de Pakistán, donde lo habían curado, aunque le quedaron secuelas. Que luego lo detuvieron y lo quisieron expulsar a Turquía, pero como alegó que tenía hijos en Barcelona consiguió que lo deportaran a España. Ismael «le pidió que le dejara quedarse en casa». María se negó. No podía quedarse, le dijo, y le pidió un taxi. Ismael se fue.

La primera vez que María denunció la radicalización de

Ismael fue en 2002. Tenía «miedo», contó. Miedo de que sus niños acabaran en brazos de Alá o, de la mano de su padre, en algún país islámico. En la comisaría no le hicieron caso. Años después, Ismael negó haberse embarcado en la guerra de Afganistán y alegó que el viaje de 2001 fue a Irán, por turismo. A lo largo del tiempo, y dependiendo con quién, ha cambiado de versión.<sup>16</sup>

En todo caso, la vuelta de Ismael a Barcelona no fue fácil. Durante un tiempo apenas pudo andar por las heridas. En la pierna derecha tenía cicatrices y en el pie le faltan tres dedos. Compartió casa con Abdulaziz, el joven amigo de la mezquita del Raval con quien había viajado hasta Turquía. Este joven marroquí no había podido acompañarlo hasta destino porque no tenía visado para entrar en Siria, cuya frontera sí estaba abierta para los turcos. A la vuelta, vivieron en casa de la tía de Abdulaziz. Luego en un piso alquilado en el Carmelo, un barrio de la zona alta y sin embargo humilde de la ciudad.

Una vez recuperado, Ismael se compró una moto, empezó de nuevo como mensajero, tuvo otro accidente y pasó otro mes ingresado.

Cuando salió del hospital, volvió a mudarse, esta vez al barrio de Poble Sec, entre la montaña de Montjuïc y el Paralelo. «Durante este tiempo, como no trabaja[ba], frecuenta[ba] con asiduidad la mezquita sita en la calle Hospital», contó el propio Ismael a la policía en 2006.<sup>17</sup> Le quedaba cerca de casa: basta cruzar el Paralelo y subir un poco en diagonal por las calles estrechas y casi siempre en sombra hasta el final de la Rambla del Raval.

Además de a Abdulaziz, en esa mezquita Ismael había conocido<sup>18</sup> a Belgacem Bellil, un argelino con el que volvería a coincidir en Vilanova i la Geltrú; a Kamal Ahbar, un magrebí con el pelo negro como el tizón y con quien luego trabajó como vendedor ambulante de ropa islámica, y a Filali Ouali, un marroquí que traficaba con documentación falsa. Abdulaziz y Belgacem acabarían yéndose a la guerra de Irak en 2003;

Kamal y Filali ayudarían a huir a varios terroristas que el 11 de marzo de 2004 atentaron en los trenes de Atocha, en Madrid.

Desde el regreso de Ismael, medio año después de los atentados del 11S, María tenía su vida a medias. Hacía tiempo que había cumplido los cuarenta; su hija Cristina, nacida de su primer matrimonio, ya era mayor de edad, pero los dos que había tenido con Ismael seguían, como quien dice, en la falda: ese año el niño cumplía siete, y la niña, dos. Tenía la tienda, que llevaba sola. Después de aquella conversación en la que ella había acabado pidiendo un taxi para Ismael, el matrimonio quedó visto para sentencia. María, que había iniciado el proceso legal de separación una vez en 1998,<sup>19</sup> instaría el divorcio con Ismael ya en la cárcel, en 2006.

Además de la boda por lo civil en España, María e Ismael se habían casado en Estambul.

«Cuando yo me casé con él en Turquía, dije que me iba a hacer musulmana, porque por el amor a una persona se hacen muchas cosas, pero yo nunca practiqué la religión musulmana»,<sup>20</sup> recordó ella ante el tribunal muchos años después.

Entre «muchas cosas» y «cualquier cosa» media el puente de la voluntad. María, por amor a sus hijos y «por miedo» a lo que Ismael pudiera disponer para ellos, guerra santa incluida, se negó a cruzar ese puente.

Demudado Ismael, lejos el taxi y anotado su nuevo móvil, María tomó seguramente la decisión más importante desde que se conocieron y quizá para el resto de su vida: fue a la policía a denunciar que el padre de sus dos hijos pequeños había estado en Afganistán y había vuelto más radical de lo que se había ido. Años después, cuando la abogada de Ismael le preguntó qué significaba para ella «radical», contestó: que uno viaje al extranjero, dejando atrás a sus hijos, a luchar por lo que no es suyo. «Eso no es normal», dijo.

Un año después del 11S, la fiscal antiterrorista francesa por excelencia, Irène Stoller, conocida en España por su fructífera colaboración contra ETA, publicó unas memorias<sup>21</sup> que revelan, frente a la oposición al bombardeo de Irak que luego mantendría Francia en el escenario internacional, un enfoque doméstico común —la llamada guerra preventiva— en la lucha contra el terror. Las tituló *Procureur à la 14ème section*.

En 2002 hacía un año que se había acuñado la expresión «guerra contra el terrorismo», pero defender «las formas», incluidas las del Estado de derecho, aún no era considerado una forma de complejo en Francia, sino un contenido de civilización. Pero Stoller remaba ya a favor de esa corriente desacomplejada, así que su libro documenta la actualidad sin la hipocresía que aún la definía. Jubilada aquel año y retirada de los focos, no hemos podido hablar con ella.

En Francia, la fiscalía tenía una sección antiterrorista desde 1986. Había una ley «única en la época, que reconocía el delito de asociación de malhechores con vistas a cometer actos terroristas —afirma Stoller—. Esto nos permitía, con la ayuda de los servicios de policía y de información, intervenir antes de los atentados», añade.

Decantada por la fiscal, esa es la definición de la estrategia policial contra el terrorismo islamista importada por España tras el 11S y que se generalizó después del 11M.<sup>22</sup> En teoría, ese enfoque preventivo trata de evitar los atentados antes de que se cometan. ¿Quién podría oponerse? Aquí vamos a ocuparnos de lo que ha conllevado en la práctica: operaciones de policía a escala global y cada vez más secretas. Desarrollada en los márgenes del derecho y del proceso informativo, dichas operaciones han provocado múltiples errores y propiciado la confusión entre información y propaganda.

El libro de Stoller muestra la esencia de esa transforma-

ción sin complejos. Por ejemplo, en el comentario a ese caso sobre el que ella no tenía ninguna duda, aunque tampoco podía probarlo: «Mi convicción estaba ya formada, pero no había nada en el expediente para sostenerla», escribe. ¿Y cómo lo sabía? Es decir, si no había nada que probara los hechos, ¿cómo se había formado la fiscal su convicción respecto de los delitos y de sus autores?

La respuesta corta es que «los servicios de policía y de información» disponen de elementos y fuentes de información inutilizables judicialmente, porque carecen de las debidas garantías, pero que los fiscales, gracias al roce con esos servicios, conocen y aprovechan.

La respuesta larga, la que vamos a desplegar en este libro, muestra que a menudo la convicción de los fiscales no es más que un sesgo encallecido. Un prejuicio, literalmente.

Pero no vamos a adelantarnos. Ahora lo relevante es que de esa anécdota («mi convicción estaba ya formada») a convertir la presunción de inocencia en una categoría sospechosa hay solo un paso. Y Stoller lo da: «Se ha utilizado la presunción de inocencia para hacer creer a la opinión pública que la justicia era arbitraria. Es un argumento político falso —escribe—, sencillamente porque la presunción de inocencia no existe. A un hombre que pasea por la calle no se le detiene al azar, se le acusa de robo y se le envía delante de un tribunal por hechos que no ha cometido».<sup>23</sup>

La fiscal está diciendo que si se le detiene es porque se presume que el paseante es culpable y ahora lo va a decir engolando la voz de su autoridad: «Nuestro sistema judicial reposa sobre la presunción de culpabilidad y no sobre la presunción de inocencia».

Es célebre el gusto de los franceses por la lengua. Y Stoller se relame aquí. Porque es verdad que la instrucción de toda causa penal presume que el acusado es culpable y por eso mismo se le procesa. Pero eso no significa, en absoluto, que el proceso repose sobre el principio de presunción de culpabilidad. De hecho, esa presumida culpabilidad está en-

marcada y cribada por un sistema de filtros que suponen lo contrario: es la hipótesis acusatoria la que tiene que demostrarse positivamente veraz el día del juicio. La acusación tiene que demostrar que el acusado sí ha cometido los hechos que se presume que ha cometido, y no al revés. Hay que demostrar la culpabilidad, entre otras razones, porque demostrar la inocencia es imposible. ¿Cómo demostrarías tú, atento lector, que no eres un terrorista?

## VIDA EN VILANOVA

Cuando uno llega a Vilanova i la Geltrú, al sur de Barcelona, tiene una sensación de *déjà vu*. La sensación de que acaban de desmontar la verbena. Una de esas luminosas verbenas de verano, de película. El decorado es un pueblo de unos 60.000 habitantes, capital de la comarca costera del Garraf, por cuyas calles corre aún un suave aire colonial. El sol de enero, las casas bajas, las puertas de madera antigua, la fachada rosa de la iglesia y la Rambla de la Pau camino del mar transpiran la época del boyante comercio con América. Los jardines, un Gran Teatro, una Biblioteca Víctor Balaguer (ministro de Ultramar), un Museo del Ferrocarril y algunas casas burguesas del XIX reconvertidas en franquicias de comida rápida completan la postal. En La Geltrú, la parte vieja de Vilanova, la Plaza de la Vila, enmarcada por una arquería y enlosada de mármol, está gobernada por la estatua de un «eminente patricio». Ventosa i Soler fue alcalde de Matanzas, Cuba. La plaza se inauguró en pleno auge industrial de la ciudad, en 1867.

Ismael se mudó a Vilanova, donde conocía a un empresario dueño de un par de carnicerías, a mediados de 2002. El empresario, Mohamed Mrabet, tenía además un negocio de coches: compraba Mercedes y BMW de segunda mano en Bélgica y los vendía en Marruecos. Mrabet estaba casado con una inglesa de buena familia convertida al islam y era el

presidente de la mezquita de Vilanova. Ismael fijó su círculo de amistades en torno a la mezquita, a cuyo alrededor orbitaba un grupo de mujeres. Entre ellas, la inglesa.

Ese círculo conformó también su núcleo íntimo. El carnicero y su mujer le presentaron a una española conversa, Karima. Ella y la inglesa se habían conocido tiempo atrás, cuando Karima se llamaba todavía Juani. Casada con un español, con el que tuvo sus tres hijos, Karima se había divorciado, emparejado luego con un marroquí de Vilanova y conocido a la inglesa, que se convirtió en una amiga y consejera espiritual. A la inglesa se la habían presentado para «que le enseñara y le explicara cosas en castellano sobre el islam», según Karima.<sup>24</sup>

En 2000 Juani se convirtió en Karima, según declaró, porque quería «amansar» los problemas con el segundo marido.

—Mi madre pasó por una época un poquito mala y le dio por estudiar un poco las religiones y decidió volverse musulmana —nos contó la hija pequeña de Karima, Lorena, que hoy tiene 31 años—. Yo no lo comparto, pero lo respeto —añadió al otro lado del teléfono y de los Pirineos.<sup>25</sup>

Lorena es viticultora y pasa parte del invierno trabajando en la viña en Francia.

—Mi padre nunca se hizo cargo —dijo.

Del segundo marido de Karima, el marroquí, Lorena no quiso hablar.

—Es un *personajo*; no la trataba bien —zanjó.

Tras la ruptura, y de la mano de la inglesa, Karima conoció al que iba a ser su tercera pareja, Ismael.

La primera vez que se vieron, en casa del empresario y la inglesa, Ismael y Karima acordaron casarse. El empresario sería el *wali*, el padrino, de Karima. Ella declaró que lo vivió así: decidió casarse, su amiga le presentó a Ismael y «allí expusieron las condiciones del matrimonio». Entre las de Ismael «estaba la de en algún momento trasladarse a vivir a un país extranjero musulmán, a lo que ella accedió». La boda

se celebró el 25 de octubre de 2002 por el rito musulmán. Legalmente, Ismael seguía casado con María.

La familia de origen de Karima es numerosa.

—No lo aceptaron. No lo aceptan aún —según Lorena.

Una de las primas de su madre, que la sigue llamando Juani, nos contó que «hubo mucho jaleo en la familia por lo que hizo».<sup>26</sup> Las primas hace años que no mantienen contacto. Una vez que se la volvió a encontrar por la calle en Vilanova, Karima la llamó. Y le dio dos besos. Pero a su marido, «un primo de toda la vida», no.

—A ti sí, pero a los hombres lo tengo prohibido —le explicó Karima a su prima. Luego se alejó y con el tiempo se distanció del todo.

—Fue eliminando, como aquel que dice, a la familia —nos contó la prima.

Para ella, Juani «seguirá siendo siempre española». Es decir, no conversa.

Un mes después de la boda, Lorena cumplió 12 años. En esencia, la relación con su madre no cambió.

—Ella hacía su vida. Yo no me metía en sus relaciones, mientras que me respetara a mí era todo correcto —recordó veinte años después.<sup>27</sup>

Con Ismael, la relación era cordial, con sitio para las bromas.

—Siempre andábamos chinchándonos —recuerda.

El pie de Ismael, con solo «dos deditos», no escapaba a las bromas.

—Yo siempre le dije que parecía una pezuña de cerdo y él se reía, porque, como sabes, los musulmanes con el cerdo... Siempre le chinchaba y le decía: anda, con la pezuña esa, ponte un calcetín, que me da grima verlo.

Desde Vilanova, Ismael montó un puesto para vender «ropa islámica» en mercadillos los fines de semana. Karima, que siendo Juani había trabajado como costurera y limpiadora en un hotel, empezó a trabajar con su marido en la venta ambulante. Cuando ella no podía, Ismael echaba

mano de Kamal, el magrebí del pelo negro como el tizón a quien había conocido en la mezquita de la calle Hospital de Barcelona.

—Los domingos no puedo trabajar solo en el mercado, roban mucho... Alguien me tiene que ayudar. Cuando no venía la mujer, venía él —declaró Ismael ante el juez años después.

Las carnicerías del empresario amigo de Ismael ocupaban los bajos de un edificio de ladrillo visto, en una esquina al norte de Vilanova. En el edificio de enfrente, por un piso de la primera planta alquilado a nombre del empresario Mrabet, pasaron varios de sus trabajadores. Uno de ellos era Belgacem Bellil, el argelino a quien Ismael había conocido en la mezquita de Barcelona. Belgacem llegó procedente de Jaén, donde había trabajado en el campo y conocido a un marroquí con quien volvió a coincidir en Vilanova, Abdelbaki Es Satty.<sup>28</sup>

Como Abdulaziz, el marroquí con quien Ismael viajó en 2001, Belgacem acabaría yéndose a la guerra de Irak en 2003.

## PRECRIMEN

A los franceses les gusta jugar con las palabras, a los americanos con fuego. El 4 de octubre de 2002 se estrenó en España *Minority Report*, dirigida por Steven Spielberg. La película cuenta la historia de Precrimen, una unidad policial que interviene antes de que se cometa el delito. Un programa informático procesa millones de datos y, acto seguido, tres *cyborgs*, que refulgen flotando en un líquido fluorescente dentro de una piscina, emiten un informe que predice quién, dónde y cuándo va a cometerse el crimen, casi siempre un asesinato.

El esquema se parece al procedimiento penal habitual: hay una primera fase de recogida y procesamiento de información (la instrucción) y luego un tribunal de tres miembros que dicta sentencia (el juicio). La diferencia es que

aquí todo el proceso ha sido delegado en máquinas u hombres-máquina, aunque con una evolución respecto del cuento original en el que se basa Spielberg. En el relato de Philip K. Dick<sup>29</sup> los *precogs* (abreviatura de precognitivos) son descritos no tanto como *cyborgs*, sino como «monos». Y bastante «idiotas».

En cualquier caso, de la comparación con el esquema del procedimiento judicial, lo más importante es que en el cuento de Dick no aparecen jueces por ningún lado (todo se desarrolla en la esfera policial) y en la película de Spielberg aparecen para que no parezca que no están. Al fin y al cabo, no hay nada que interpretar: las sentencias (las frases) que dictan los *precogs* son inapelables (un nombre, una dirección, una fecha).

El sistema es un éxito. En el 99,8 por ciento de los casos, los delincuentes (en potencia) son detenidos (en acto) antes de que actúen: «la comisión del crimen mismo es pura metafísica». Los delitos más graves son homicidio —hace años que no se comete ninguno— y traición.

¿Y por qué traición? Porque si no, no habría película. Es decir, no habría drama. Al escribir que el sistema «predice quién, dónde y cuándo va a cometerse el crimen», suena incongruente que refiriéndonos al «quién», al autor, hayamos escrito «cometerse», como si fuera un acto impersonal. Pero ese es el nudo del conflicto que se plantea: ¿hay libre albedrío? ¿Hay un sujeto responsable de sus actos? Si se puede predecir un crimen, ¿no significa eso que el crimen está ya escrito y es por tanto inevitable, incluso para quien lo va a cometer?

Todas las incuestionables ventajas del sistema se vuelven discutibles cuando se descubre, en una de las tarjetas que anticipan un crimen, que el asesino esta vez va a ser el propio jefe y fundador de Precrimen. El inspector John Anderson, por supuesto, se considera inocente y atribuye su señalamiento a un complot, a una traición para arrebatarse su puesto. Como todos. Pero hasta entonces esa reacción típica

nunca había supuesto un inconveniente: «Sostenemos que son culpables. Ellos, por su parte, siempre alegan que son inocentes».

Entre el cuento (1956) y la película (2002) hay una diferencia radical. En Spielberg desaparece el componente político que había en Dick, que aún registraba la separación de poderes como trasfondo. En el cuento, el nudo de la acción remite en última instancia a un conflicto entre esferas, policía y ejército, con el pueblo soberano al fondo; en la película, todo se reduce a una guerra interna de la policía y, en particular, de dos hombres y, en el fondo, de un hombre de carácter contra su propio destino.

La doctrina de Bush posterior al 11S en materia internacional fue comparada con *Minority Report* por el filósofo esloveno Slavoj Žižek. La política exterior norteamericana, articulada en torno a la guerra preventiva,<sup>30</sup> llevaba la idea de la anticipación al campo de batalla, pero no solo. «La “doctrina Bush” confía en la violenta afirmación de esa lógica paranoica que es el control total sobre amenazas futuras, para así justificar ataques preventivos sobre esas supuestas amenazas», escribió Žižek.<sup>31</sup>

La violencia no solo se afirmaba física y materialmente contra los habitantes y los países atacados, sino contra la lógica con la que nos situamos en el tiempo: «El bucle entre el presente y el futuro se ha cerrado: se evoca la perspectiva de un impresionante ataque terrorista para justificar la necesidad de efectuar ahora incesantes ataques preventivos».

En 2002, un debate televisivo brindó a Žižek un excelente ejemplo de adónde acaba conduciendo esa lógica anticipatoria. Un ex actor y senador republicano<sup>32</sup> defendió así la política de Bush en Irak: «Cuando los manifestantes que se oponen a la guerra dicen: “¿pero qué ha hecho realmente Irak contra Estados Unidos?”», uno debería responder con la pregunta: “Y los terroristas que destruyeron las Torres Gemelas, ¿qué habían hecho antes del 11S?”. ¡Ellos tampoco habían hecho nada!».

En su texto, Žižek resume primero la lógica del senador republicano: «De la misma forma que si hubiéramos conocido los planes del IIS habríamos estado perfectamente justificados para atacar a los terroristas antes del acto, ahora tenemos el derecho de atacar a Irak». Y luego remata: «El problema con esta lógica es que presupone que podemos tratar el futuro como si fuera algo que, de alguna manera, ya ha tenido lugar».

## EL IMÁN

Cuando Ismael se mudó a Vilanova, el dueño de las carnicerías, Mrabet, era el presidente de la mezquita. Los imanes eran hombres de su confianza. Uno de ellos, Abdelbaki Es Satty, era un marroquí espigado y solitario, camino de cumplir los 30 años. Había nacido en un pueblo de Marruecos en 1973. Oficialmente el 1 de enero, como muchos otros de los que nacían fuera de las ciudades entonces. Las familias los registraban cuando podían. Los funcionarios ponían el 1 de enero por defecto.

A principios de los años 2000 Es Satty ejerció como imán titular algo más de un año. Luego fue suplente por temporadas, de forma cada vez más intermitente. Durante aquellos años de Vilanova Es Satty vivió y viniendo de Marruecos, donde se había casado a los 18 años. Había nacido en Chefchaouen, tierra del hachís, donde vivían su mujer y sus seis hijas, de entre 2 y 9 años. Las cinco primeras nacieron en los primeros seis años de matrimonio.<sup>33</sup> Él emigró a España en 1998. Antes de Vilanova, había trabajado en el campo, en Jaén, donde compartió piso con Belgacem Bellil, el argelino, del que se hizo amigo íntimo.

Uno de los primeros domicilios del imán en Vilanova estaba en una pequeña calle junto al puerto, enfrente de la llamada mezquita de la playa, entonces la única de Vilanova. El local donde estaba la mezquita acoge hoy una escuela de

danza. Luego vivió en la calle Major, compartiendo piso con el primer investigado de Vilanova en la Operación Chacal, y, al menos como domicilio para la correspondencia, figuraba la calle Lepanto número 52, del dueño de las carnicerías y padrino en la boda de Ismael. El edificio del piso de Mrabet es de color crema, liso, con las ventanas y los balcones bien proporcionados, y tiene la gracia de lo razonable.

En sus continuos viajes a Marruecos el imán llevaba paquetería, ropa, chatarra; a veces traía aceitunas, casi siempre con una furgoneta con la que transportaba también inmigrantes, en ambas direcciones. Según «informaciones de inteligencia» de entonces, que constan en el sumario de la Operación Chacal (2006) pero que no hemos verificado por nuestra cuenta, una de las furgonetas la compró con un préstamo del empresario de las carnicerías, que también se dedicaba a la compra-venta de vehículos. «Una furgoneta que pudiera utilizar para pasar compatriotas de forma ilegal de Marruecos a España», según un informe de la Guardia Civil.<sup>34</sup>

La familia de Es Satty era muy conservadora.<sup>35</sup> Tenía cuatro hermanos, que seguían viviendo en el norte de Marruecos, como sus padres. Árabes en tierra de bereberes. Él hablaba, además del dialecto marroquí, el árabe clásico, que solo se aprende en la escuela o en las madrasas, y en esa lengua daba los sermones. Sus conocimientos religiosos, sin poder juzgarlos con rigor, desde luego fueron suficientes para ejercer en varias mezquitas a lo largo de 15 años, la última en Ripoll, un pueblo del Prepirineo, en Girona, entre 2015 y 2017.

En España no hay registro ni requisitos oficiales para los imanes. En Vilanova hay quien dice que él recitaba el Corán casi de memoria, y quien destaca su discreción; otros recuerdan que ya entonces se sabía que trapicheaba con hachís.

«Era conocido por el mal rollo, por la droga, ¿me entiendes?», nos dijo uno que vivió con él.<sup>36</sup> «Tenía fama de no cumplir su palabra. Pedía dinero y no lo devolvía. La gente hablaba mal de él»,<sup>37</sup> según otro.

Un tercero que vivía en Vilanova y que era del mismo pueblo que el imán nos dijo de él que «buscaba el provecho económico sin escrúpulos».<sup>38</sup>

El 26 de noviembre de 2002, a las ocho menos cuarto de la tarde, en el puerto de Ceuta, el imán quiso embarcar con un Ford Scorpio prestado y un acompañante en el transbordador hacia Algeciras sabiendo que el pasaporte del copiloto era falso. La Guardia Civil lo detuvo. Un año después, insolvente, aceptó los hechos y fue condenado a seis meses de cárcel y 1.080 euros de multa por un «delito contra los derechos de los ciudadanos extranjeros».<sup>39</sup> Como la pena era inferior a dos años y un día y no tenía antecedentes, no entró en prisión.

En septiembre de 2003 nació su primer hijo varón.

A los pocos años, el imán y traficante de personas enseñará árabe a los niños de la nueva mezquita de Vilanova. Muchos años después, su nombre, Abdelbaki Es Satty, y su cara, con la cabeza afeitada, la piel clara y las cejas anchas, aparecieron al frente de los yihadistas de Ripoll que asesinaron a 16 personas entre La Rambla de Barcelona y el paseo marítimo de Cambrils.

## DEMOSTRAR QUE NO

El 5 de febrero de 2003 fue un día mágico, desde el punto de vista de lo real. Los periódicos dieron la noticia a la mañana siguiente. El secretario de Estado estadounidense, Colin Powell, mandaba en las portadas: «Powell presenta en la ONU pruebas de que Sadam oculta armas», decía una,<sup>40</sup> «Pruebas desiguales sobre ocultación de armas», según el subtítulo de otra.<sup>41</sup> En las fotos, salía con un pin con la bandera de barras y estrellas en la solapa izquierda de la americana y sosteniendo con la mano derecha en alto un tubito de laboratorio transparente cerrado por un tapón de plástico. «Powell muestra un frasco con sal para ilustrar la amena-

za de las armas biológicas ante el Consejo de Seguridad. Abajo, la imagen de un depósito de armas químicas antes y después de la visita de los inspectores de la ONU», rezaba un pie de foto.

Las «armas químicas» y las «biológicas» eran las armas de destrucción masiva que el Gobierno de George W. Bush usó para justificar la invasión de Irak. Armas que no existían. Pero mucho más interesantes que la inexistencia de las armas en sí son la puesta en escena y el cambio de paradigma que el bombardeo informativo iba a propiciar en las mejores cabezas.

Lo decisivo no es que los periódicos informaran de algo que no existía: ocurre a menudo y es quizá inevitable, condenados como parecen a citar las mentiras oficiales; lo decisivo es que creyeran que se puede probar la existencia de algo mostrando las pruebas de su (supuesta) ocultación. Informar de un hecho falso es un fallo de verificación; creer que para probar una ocultación basta con mostrar el escondite, pero sin lo que se esconde, es invertir la lógica de los hechos, como si fuera posible demostrar que no.

Powell presentaba pruebas de que Sadam ocultaba armas. «Colin Powell, secretario de Estado de Estados Unidos, desplegó ayer ante el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas fotografías de satélite de depósitos de armas y municiones evacuados antes de la llegada de los inspectores.» Las fotografías podrían mostrar, cuando mucho, que los depósitos estaban vacíos, pero no que habían sido «evacuados», porque por mucho que el jefe de prensa del Pentágono necesite un entrecomillado, los depósitos no hablan. Por si acaso, una supuesta conversación entre oficiales iraquíes limpiaba la escena del crimen con el trapo sucio de lo providencial: «Lo hemos evacuado todo. No nos hemos dejado nada».<sup>42</sup>

La escenificación de Powell no perseguía descubrir lo que Sadam ocultaba, sino desplazar la carga de la prueba del que acusa al acusado y liberarse así de tener que mostrar nada. El discurso no apuntaba tanto a que Sadam tuviese

armas como a que no las mostraba, creando al mismo tiempo un escenario imposible: ¡que lo demuestre si no es cierto! Un escenario imposible, pero efectista y efectivo, porque es materialmente imposible desmontarlo.

Como los crímenes en *Minority Report*, las armas eran «pura metafísica» y era imposible que Sadam las mostrara, precisamente porque no tenía ningún arma. Pero cada minuto que pasa sin que Sadam muestre las armas que no tiene reafirma la impresión de que las esconde. Esa es la operación retórica que Powell orquestó ese día ante el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y sus aliados, allá donde tocaba y tocaron: el ex primer ministro Tony Blair en el Parlamento británico y el ex presidente Aznar en el Congreso en Madrid.

El éxito de aquella operación retórica, sin embargo, no se mide solo ni principalmente porque la invasión saliera adelante. Las pruebas de cómo un pensamiento paranoico informa una manera de ver el mundo no hay que buscarlas en la realidad sobre la que se proyectan, sino en las miradas donde se expresan. Las memorias del ensayista y periodista angloamericano Christopher Hitchens,<sup>43</sup> publicadas en 2010, un año antes de su fallecimiento, son ejemplares y traslucen hasta qué punto el paradigma se había normalizado con la década.

Hasta el punto de que Hitchens, quizá «el mejor ensayista vivo de la lengua inglesa» por entonces, orgulloso lector de George Orwell —creador del Gran Hermano de 1984— y él mismo poco sospechoso de transigir con las muletillas del periodismo diario, ni siquiera diez años después lo percibe: «El feliz momento llegó cuando Sadam Hussein se superó a sí mismo y rechazó salvar su sistema malvado con la pequeña concesión de admitir y demostrar a las Naciones Unidas que no poseía ningún arma de destrucción masiva que pudiera funcionar».

Como la paranoia es una dinámica creativa, Hitchens no solo replicaba la exigencia diabólica —que Sadam demues-

tre que no—, sino que le añadió la muleta del «admitir», descargando a toro pasado sobre el acusado la responsabilidad del bulo. Luego recordó la única vez que le «informaron» de la existencia de armas de destrucción masiva: «Bajo una mezquita suní del centro de Bagdad se habían localizado e identificado las partes y algunos elementos de un arma química, con la ayuda de los informantes locales».

A sus 62 años y escribiendo sus memorias, había llegado el momento de la verdad, y como Powell ante la ONU, Hitchens ante el mundo sacó sus propias pruebas para ilustrarlo: «Todavía tengo las fotografías que se hicieron en esa mezquita; muestran el escondite de las armas donde me habían dicho que estarían». No fotografías de «las partes y algunos elementos de un arma química»; no, la prueba es una fotografía del «escondite de las armas donde [le] habían dicho que estarían». Es decir, la imagen de una realidad evacuada. Preventivamente.

Tan imposible era para Sadam demostrar que no tenía armas como te sería a ti, lector, demostrar que no eres un terrorista. En esa imposibilidad de «demostrar que no» radica la razón de que la carga de la prueba recaiga en el que acusa. La inocencia se presupone porque es metafísicamente imposible demostrarla. La imposibilidad no se debe solo a una razón jurídica, exclusiva del mundo o la técnica del derecho; es un límite que deriva del mundo de los hechos y la razón común. «Nadie demuestra directamente que no estaba en el lugar del crimen, digamos Londres, sino que sí estaba en otro lugar, digamos Brighton, de donde la policía, basándose en el principio de la falta de ubicuidad espacio temporal del cuerpo humano, concluye que no podía estar en Londres. Toda coartada es por tanto un demostrar que sí que por alguna incompatibilidad se convalida indirectamente como un demostrar que no.»<sup>44</sup>

2003

El año que Estados Unidos bombardeó y ocupó Irak fue decisivo también en el sentido de la nacionalización de la llamada guerra contra el terror. En un atentado en Casablanca (Marruecos) en mayo murieron cuatro españoles —hubo 33 víctimas en total—; Osama Bin Laden amenazó directamente a España en octubre y siete agentes del Centro Nacional de Inteligencia (CNI) fueron asesinados en Irak<sup>45</sup> el 29 de noviembre siguiente.

Ese año marcó también la vida de Ismael. A lo largo de 2003 viajó varias veces a Turquía. A veces solo, acompañado a veces por Karima, su segunda mujer, otras por algún conocido o amigo. A finales de año estuvo en Siria,<sup>46</sup> según él para buscar casa. No sabía árabe, pero quería mudarse a un país musulmán y Damasco le parecía la capital ideal.

Al menos una de las veces que Ismael viajó a Estambul, donde solía quedarse en casa de una hermana, fue con el dueño de las carnicerías de Vilanova. Según ellos, querían montar juntos un negocio de moda islámica que nunca prosperó. También viajó en coche con Karima desde Vilanova a Estambul, como años atrás había hecho con María, su ex mujer.

Las malas noticias para Ismael arreciaron en otoño. Tras el atentado de Casablanca se había iniciado una investigación para averiguar si había responsables en España. El Gobierno marroquí dictó orden de busca y captura contra varios sospechosos, y uno de ellos, que estaba en Cataluña y se llamaba Abdeladim Akoudad, fue detenido el 14 de octubre de 2003 en Badalona.<sup>47</sup> En una agenda de teléfonos requisada durante la extradición aparecían muchos números encriptados. Y tres números abiertos: uno era el del móvil de Ismael. Un móvil que tras aquella detención Ismael ya no volvió a usar.<sup>48</sup>

Ese mismo otoño la hija de María e Ismael fue operada de anginas. Tenía dos años. El padre y su segunda mujer,

Karima, fueron a verla al hospital. Cuando llegaron, la niña estaba en el quirófano. Él todavía cojeaba y se sentó. Karima y la madre, María, estuvieron hablando. Ismael tenía previsto un nuevo viaje: «Tú ya te imaginas», comentó Karima.<sup>49</sup> A juicio de María, Karima le estaba dando a entender que iba por lo mismo que había ido a Afganistán, y así se lo contó luego a la policía. Según María, Ismael se había comportado además como cuando se fue a Afganistán: se despidió de los niños y le entregó a ella la ropa y los juguetes que tenía en su casa. Además, le pidió que «aunque él no estuviera, le gustaría que [Karima] fuera a ver [a los niños], a lo que [María] le dijo que no».<sup>50</sup> Cuando la niña salió del quirófano, Karima e Ismael estuvieron un rato con ella y luego se fueron a casa.

En Badalona, la policía había detenido al acusado de Casablanca en los alrededores de un piso que estaban vigilando. En el piso vivía otro marroquí que traficaba con documentos falsos y que era a quien estaban siguiendo. Era Filali Ouali. Las vigilancias se mantuvieron y el 30 de octubre de 2003 dos agentes observaron cómo Filali, el traficante de papeles a quien Ismael había conocido en el Raval de Barcelona, salía del piso e iba hasta una mezquita de Badalona, a donde lo siguieron. Al salir luego de la mezquita, Filali se subió a un Peugeot blanco, matrícula B-3004-KF. El coche estaba a nombre de Karima. El conductor era Ismael.<sup>51</sup>

## MUERTE EN NASIRIYA

El argelino Belgacem Bellil no llegó a cumplir 33 años. Era alto, moreno, y en las dos fotografías que hemos visto de él tenía una cara pasmada y triste. Temporero en Jaén, barrendero en Sitges, conductor del camión de una frutería en Vilanova, albañil por temporadas y carnicero cuando no hacía de albañil, vivió en casa del empresario de las carnicerías en periodos que la mujer de este pasaba en Inglaterra.

A Vilanova había llegado desde Andalucía a finales de los noventa y había vivido de nuevo con su amigo, Abdelbaki Es Satty, el imán, según un marroquí que compartió piso con ellos en ambos periodos.

Belgacem y Es Satty se habían conocido en Jaén. A Ismael, Belgacem lo había conocido en la mezquita de la calle Hospital de Barcelona. Los tres coincidieron en el entorno de la mezquita de Vilanova y de su presidente, el empresario de las carnicerías, Mohamed Mrabet. Es Satty y Belgacem tenían como domicilio postal el piso de Mrabet.

Al marroquí que compartió piso con Es Satty y con Belgacem, este último no le caía bien. «Era muy chulo, entraba en casa insultando», contó al juez. Chulo en casa y radical en la mezquita, en la calle sus ideas eran, como su pasado en Argelia, un secreto a voces. A España había llegado siendo del Frente Islámico de Salvación. De la yihad y de su país, arrasado entre el terrorismo islamista y el fuego de los militares, hablaba con cualquiera.

«Sus conversaciones eran muy radicales —declaró otro habitual de la mezquita<sup>52</sup> detenido preventivamente—. Todo el mundo en la comunidad árabe conocía sus ideas.»

Según este detenido, que luego no fue procesado, además del carnicero, la otra persona de confianza de Belgacem era Ismael, «el turco».

El 12 de noviembre de 2003, tres meses después de abandonar Vilanova, Belgacem amaneció en Nasiriya, 300 kilómetros al sureste de Bagdad, a orillas del Éufrates, subido a un camión cisterna cargado de explosivos. La zona sur de Irak estaba bajo mando militar británico, con tropas aliadas también de otros países. Muy cerca de una de las orillas del ancho río, junto al puente Al Zaitun, se encontraba la antigua cámara de comercio, un edificio de tres plantas reconvertido en base de los Carabinieri italianos y de tropas rumanas.

El camión, cabina azul oscuro, cisterna gris, de fabricación soviética (marca Kamaz), como los que usaba el viejo

ejército iraquí, llevaba unos 3.500 kilos de explosivo y al menos dos terroristas iban a bordo. Cuando sobre las 10:40 de la mañana el conductor lanzó el camión cisterna contra la base militar, el copiloto (no consta si era Belgacem o el otro terrorista) iba asomado a la ventanilla y con un fusil AK-47 disparó a los centinelas de la entrada. El camión rompió las barreras, llegó al patio —los militares habían abierto fuego— y explotó.

Murieron 28 personas: 12 carabineros y 5 soldados italianos, 9 civiles iraquíes y otros 2 italianos. Otras 81 resultaron heridas. El edificio, con una parte derrumbada, aguantó en pie. Los restos del suicida argelino fueron recogidos entre los del atentado. Dos años después se contrastaron con el ADN de un hermano, confirmando que eran de Belgacem Bellil.

La noticia de la muerte de Belgacem llegó a la mezquita de Vilanova mucho antes; a las pocas horas, de hecho. Y llegó a oídos de un joven marroquí que rondaba entonces por la mezquita, más al roce que al rezo, y que meses después, a rebufo de los atentados de Atocha, ofreció dicha información a la Guardia Civil, que lo captó como confidente. Gracias a eso, la Guardia Civil y los Carabinieri, contrastando muestras genéticas, pudieron confirmar que Belgacem era uno de los dos suicidas.

De esas informaciones sobre Vilanova surgió la investigación de la Guardia Civil que desembocó, dos años y dos meses después, en la Operación Chacal. En enero de 2006, la primera vez que el juez preguntó por Belgacem a Ismael, este declaró que se había enterado de su muerte en comisaría, la noche anterior. Pero no era verdad: en casa de Ismael se había encontrado un vídeo, titulado *Los vientos de la victoria*, que recogía, entre otros atentados, el perpetrado por el argelino. El propio Ismael reconoció luego que había visto ese vídeo y que sabía que Belgacem había muerto en Irak. Según dijo, la última vez que había visto a Belgacem había sido en agosto de 2003, cuando este viajó a Argelia para «casarse».